

Quien haya viajado en canoa desde Currés, o desde Lagarto, rumbo al Oeste por el Río Grande de Térraba, forzosamente ha de haber cruzado, horas antes de llegar a la pequeña población de Palmar, frente a una eminencia selvática, inmenso peñón milenario cubierto de robustos troncos centenarios y de copiosísima vegetación, el cual, desafiando las tormentas de los siglos, se ha mantenido indómito y bravío para ofrecerse hoy a nuestra vista tal como lo contemplaron las pasadas generaciones en aquellos vírgenes dominios. Esa enorme mole que domina el curso del río como indestructible castillo señorial, ha sido conocida desde tiempo inmemorable con el nombre de la Loma del Sapo.

Al aproximarse el viajero al pie de la escarpa, percibirá en su centro una abertura que se profundiza y que se halla casi oculta por tupida maleza cuya rai-gambre se oculta entre los resquicios de salientes pétreos que asoman, aquí y allá, a manera de barbancas de legendario torreón. Por lo oscura y lo profunda, esa grieta ha sido elegida como criadero por miles de murciélagos que no se pueden ver, pero que se oyen y que se adivinan entre las tinieblas de aquel misterioso recinto.

La Loma del Sapo! ¿Cuál fue el origen de ese nombre singular? Nadie lo sabe hoy con certeza. Subsisten, sin embargo, entre los escasos descendientes de las tribus que poblaron aquellos ubérrimos valles, fantásticas versiones acerca de su origen, una de las cuales refiere que aquel estratégico rincón fue ocupado por Huén-Ké, gigante antropófago, mitad hombre y mitad sapo, quien, desde un remoto pasado, se había adueñado de aquel paso fluvial, exigiendo tributo a todos los viajeros que lo cruzaran. Y como el tráfico entre las tribus debía hacerse necesariamente por aquella vía tan expedita como rápida, el dueño y señor del río engordaba y se enriquecía a costa del trabajo de los sufridos pobladores.

Dícese que la gabela impuesta consistía de animales, vivos o sacrificados, que el voraz gigante engullía sin dar tregua a la tripa, y que, a falta de esa recompensa, exigía preseas de oro y jade que iba atesorando en su infernal cubil. Su desmedida codicia lo había llevado hasta secuestrar niños y aun jóvenes que viajaban con sus mayores, y si el rescate por ellos no llegaba dentro de los tres días siguientes, los infelices eran también devorados. Así se aseguraba una alimentación permanente. En vano



## La loma del sapo

Crónica en torno a un relato brunka

Colaboración de *Belisario FERNANDEZ SOTO*

(Ilustración del autor)

se había recurrido a toda clase de conjuros imaginados por los Curacas y Adivinos; en vano se le había tratado de sobornar para que se trasladara a otro lugar tierra adentro donde varias rancherías proveerían a su insaciable voracidad; el temible engendro se mantenía inmovible, para desesperación y tormento de los Caciques y habitantes de la región, quienes lo temían como al mismísimo Demonio y lo soportaban como inapelable castigo de los dioses. Cuánto tiempo habrían de sufrir aquella maldición?

Diriak, joven y apuesto guerrero de la tribu del Cacique Arrokará ha emprendido viaje hacia el Poniente por el Gran Río. Transita solo, con sus armas y sus ilusiones: Va radiante de felicidad a colmar un deseo vehemente que canta dulces endechas en su ardiene corazón... va a contraer nupcias con Dunuá, bella florecilla del jardín fragante de la vecina ranchería. Diriak ha cruzado con su canoa frente al peñasco y ha satisfecho el tributo exigido; mas, días después, al regresar en compañía de su bella desposada, al detenerse ante Huén-Ké para cubrir el derecho de paso, el gigante se niega a percibirlo y se apodera de la novia por la fuerza en un arrebatado de salaz deseo. Diriak, sobreponiéndose al pavor que el ogro le inspira, empuña sus armas resueltamente y se dispone a

rescatar a su amada a costa de su propia vida. Salta a la orilla lanza en mano, mientras Huén-Ké, arrojando a la desvanecida Dunuá dentro de la oscura madriguera, vuelve violento a ultimar a su osado retador. Los rivales se miden un instante: ciego de ira Huén-Ké se precipita sobre Diriak, pero éste, más ágil que su pesado enemigo, logra asestarle mortíferas lanzadas que le atraviesan el pecho de parte a parte. Con todo, la resistencia prodigiosa del coloso le ha permitido descargar fulminante golpe de hacha que divide el cráneo de su intrépido rival. En los estertores de la agonía, los contendientes se desploman sobre el impetuoso caudal que los arrolla y los arrastra en macabra confusión.

Vuelta en sí Dunuá, al darse cuenta de la sangrienta tragedia y descubrir a lo lejos el cuerpo de su amado arrastrado por las aguas, toma la barca y se lanza tras él llevada por la corriente como hoja que avienta el huracán. Su silueta se destaca en la penumbra crepuscular, y se va borrando hasta perderse de vista en el confín lejano en su viaje sin retorno.

Cuenta la superstición que al caer la noche, se oyen en la Loma del Sapo tristes lamentos de su alma errante que vuelve en busca de lo que nunca encuentra.